

A los principios, sin tener zozobra,  
A causa de que entraron en el valle  
A hora que los ojos ocupaba  
Nocturna quietud y blando sueño;  
Y así prendieron gran copia de gente,  
Y al principal cacique de la tierra  
Con todas las preseas y caudales  
Que tienen hombres ricos, sin sospecha  
De ser acometidos y asaltados;  
Mas no supo gozar desta ventura  
Por esperar a la tener mas llena  
Rogado del cacique, que le dijo:  
«No cumple, capitán, tan brevemente  
Hacer esta mudanza ni desvío,  
Si quieres buen rescate desta gente  
Y salir de miseria con el mío,  
Porque lo daré tal que te contente,  
Y demás desto todo buen avío,  
Como dos ó tres dias mas esperes  
Para llevar el oro que quisieres.  
» Ya saben cómo estoy aprisionado  
Mis amigos, mis deudos y herederos,  
De los cuales estoy bien confiado  
Que vernán ellos ó sus mensajeros  
A dar dentro del tiempo señalado  
Por mi rescate copia de dineros;  
Y á trueco de llevar mayor ganancia,  
Dos dias mas es breve la distancia.»  
Esto dijo debajo de cautela  
Aquel astuto bárbaro, y el otro  
Vencido de cudicia, comun lazo  
En que caen los hijos deste siglo,  
Creyó la falsedad del enemigo,  
De quien aun la verdad es sospechosa,  
Pues es de presumir cuando la dice  
Ser para dar sazón á sus engaños;  
Y así llegada ya la madrugada  
Del dia que esperaban la riqueza,  
Acometiéronle tempestad horrible  
De flechas, piedras, dardos y macanas,  
Y tan apresurado torbellino  
Como viento tifónico revuelve  
Cuando con mas furor se precipita  
Y de sus soplos fuertes impelidas  
Las cosas ponderosas van volando:  
De tal manera que los españoles  
Fueron de sus asientos removidos,  
Atentos todos ellos solamente  
A las seguridades de sus vidas,  
Sin dárseles lugar á que retengan  
La presa de captivos ni despojos,  
Antes en momentánea distancia  
Fueron desposeidos, y aun dejaron  
Algunas cosas mas aquellos traían,  
Juzgando por grandísima ventura  
Escapar con las armas en las manos,  
Con cuyos presurosos golpes hienden  
Cabezas y andan miembros palpitando  
De los que quieren mas aventajarse  
En aquel furioso rompimiento.  
Adonde sin temor de las respuestas  
A dura resistencia se abalanzan,  
Mas no sin el castigo sanguinoso  
Que sacan los que llegan á las manos,  
Que no quieren atarse ni rendirse  
A la disposición de las contrarias;  
Porque con los aceros afilados  
Y violentas pilulas de plomo  
A muchos entregaban á la muerte,  
Y á los demás templaban el orgullo  
Para que no llegasen tan sin freno  
A los que caminaban retrogrados  
A su campo, mas no tan libremente  
Que no les fuesen siempre dando caza,  
Sin que cesasen de una y otra parte  
Los jáculos y tiros salitrosos,  
Y sin que con obscuro ni con claro  
Les diesen un momento de reposo,  
Hasta llegar cercanos al asiento  
Adonde el general los esperaba.  
Cuyos oídos como percibiesen  
El estampida de los arcabuces,

Reconoció la quiebra que traían  
Y despachó socorro de soldados  
Que llegaron á buena coyuntura  
A los que deseaban el presidio,  
Porque demás de que venían faltos  
De municiones para defenderse,  
Estaban muchos dellos mal heridos,  
Y mas el capitán Rivadeneyra,  
A quien en las horrisonas refriegas  
Dieron cinco flechazos peligrosos,  
Y todos se juzgaban por perdidos  
A no llegar la gente de refresco;  
Pero con su favor fué rebatido  
El bárbaro tumulto brevemente,  
Y sanos y heridos españoles  
Llegaron á su campo, donde fueron  
Con la posible cura reparados,  
Cortándoles las carnes lastimadas,  
Y con ardientes hierros las heridas  
Quemadas fuertemente, porque pierda  
El veneno mortifero la fuerza,  
Por ser de los antidotos aqueste  
El que se tiene por mas efacee.  
Luego Gaspar de Rodas, viendo flaco  
Recurso de comida en Itúango,  
Y començar las aguas del invierno,  
Determinó, por ser mas proveida,  
Volver á la provincia de Norisco;  
Y así para buscar gente de carga  
Salió por capitán Andrés de Soria  
Con treinta compañeros bien armados,  
El cual en breve tiempo trajo mucha  
Gente de los confines de Agrazava.  
Y este cacique, como no pudiese  
Quitar la presa por salirse fuera  
El Soria brevemente con el salto,  
Vino de paz con otros principales,  
Y al general le dió copia de oro,  
Ansi por amistad y vasallaje  
Como por redempcion de sus captivos  
Que llevaron las cargas á Norisco;  
Donde hasta pasar el hiemal curso  
Tuvieron sitio bien acomodado,  
De cosas necesarias proveido  
A las espensas de Tacujurango.  
Salió luego Pineda con cincuenta  
Soldados animosos al castigo  
De Teco, por aquel atrevimiento  
Que tuvieron y queda declarado;  
Y como fueron bien aprecebidos  
Y en ajenas cabezas avisados,  
Tomaron á su gusto la venganza  
Sin que bárbara mano les ofenda  
Ni pueda resistir á la cristiana.  
La cual, después de Teco castigado,  
Rompió por la provincia de Cúisco  
Y por Arauca y valle de Túingo,  
Que las corrientes del Cenú visitan  
Y hacen rico con dorados granos,  
Cuyas impetuosas aguas vienen  
De Carauta, Itúango, Ceracuna,  
Y guían con aumento su carrera  
Por Guacuceco, Nitaná, Pubío,  
Peberé y otras tierras montuosas  
De naciones crueles indomables  
Y de riqueza que es inestimable  
Por los veneros prósperos que tiene  
El húmido compás destas montañas.  
Cuyos secretos deseaban todos  
Fueron reprehendidos por el yerro  
De no seguir el curso de las aguas  
Del rio del Cenú por él abajo,  
Cuya noticia que tenían antes  
Les prometia prósperos despojos.  
Mas no faltó quien por tentar la suerte,  
Del yerro recibió contentamiento:  
Este fué Juan Velasco, deseando  
Hacer aquel viaje, y así pide  
Con gran instancia se le dé licencia,  
La cual le concedió Gaspar de Rodas,  
Con orden que no fuese la tardanza  
En dar la vuelta mas de treinta dias.  
Partió pues Juan Velasco con cuarenta

Que tienen á las gentes españolas,  
Callaron la verdad, diciendo: «Pobres  
Son todas las provincias adyacentes  
A las marinas ondas y riberas;  
Mas á las cabezadas deste rio  
Hallareis poblaciones opulentas,  
Y gozareis de próspera ventura;  
Que tal es la que tienen sus vecinos  
En quietud y ocio, porque nunca  
Allí llegaron gentes extranjeras  
Que sus ricos caudales disminuyan.»  
Fueron aquestas nuevas apacibles  
A nuestros españoles, y dejando  
Abajo lo que mas les convenia,  
Siguiéron la derrota de Carauta,  
Espacio de tres dias de camino  
Por páramos y riscos levantados  
De tierra frigidísima y helada,  
Que la hacia mas intolerable  
La pluviosa fuerza del invierno.  
Hallaron buen abrigo, porque luego  
Les salieron de paz los moradores,  
Aposentándolos benignamente  
Con todos los regalos y caricias  
Que podia hacerles gente pobre;  
Pero de los soldados por ventura  
Algunos indios fueron agraviados,  
Pues que por un atajo no sabido  
De nuestros españoles, que pensaban  
Estar prolijas leguas de su campo,  
Fueron al general á dar querellas  
Contra los que hicieron el agravio;  
Y por Gaspar de Rodas entendida  
La razon y la parte donde estaban,  
Después de halagar los querellantes,  
Despachólos con cartas, por las cuales  
Al Pineda mandaba que se vuelva,  
Y á los demás que no le reconozcan  
Por capitán, ni pasen adelante,  
Sino que luego, pues están cercanos,  
Procuren de venir á su presencia.  
Abreviaron los indios el camino  
Y dan las cartas á los descuidados  
De recibillas, donde presumian  
No poderse tener noticia dellos;  
Pero sin rehusar el cumplimiento  
De lo que les mandaba, se partieron  
Por el camino breve que los indios  
Usaban en los tractos de Norisco,  
En aquel tiempo via peligrosa,  
A causa de pasar por un altura  
De tierra rasa, fria, despoblada,  
Que páramo llamamos comunmente,  
Do corren insufribles ventisqueros,  
Imbriferos y tales que traspasan  
Sus pluviosos soplos las entrañas,  
De donde resultó quedarse yertos  
Y sin vital calor doce sirvientes,  
Y á dos ó tres soldados cuya ropa  
Era de poco tomo, por librallos  
Del áspero rigor del viento y agua,  
Los fueron á gran prisa vareando  
Para les dar calor, por ser remedio  
En tal necesidad con que se escapan  
Algunos deste gélido rocío.  
Al fin saliendo desta destemplanza  
Llegaron á Norisco, temple grato,  
Donde del general y los amigos  
Fueron reprehendidos por el yerro  
De no seguir el curso de las aguas  
Del rio del Cenú por él abajo,  
Cuya noticia que tenían antes  
Les prometia prósperos despojos.  
Mas no faltó quien por tentar la suerte,  
Del yerro recibió contentamiento:  
Este fué Juan Velasco, deseando  
Hacer aquel viaje, y así pide  
Con gran instancia se le dé licencia,  
La cual le concedió Gaspar de Rodas,  
Con orden que no fuese la tardanza  
En dar la vuelta mas de treinta dias.  
Partió pues Juan Velasco con cuarenta

Destrisimos soldados y animosos,  
Los cuales ya llegados á la parte  
Donde Pineda tuvo ranchería,  
Bajaron por orillas de aquel rio,  
Y en menos de dos dias de jornada  
Descubren generosas poblaciones  
Que se continuaban por espacio  
De mas de veinte leguas, tierra fértil,  
De saludables aires y apacible  
Ampollada de cerros sin montañas,  
Sino zavasanas llenas de culturas.  
Dieron en los primeros moradores,  
Incautos, sin sospechas deste daño,  
Adonde recogieron manos prestas  
Chagalas y otras joyas de oro fino,  
Y demás desto cantidad de ropa  
De tela de algodón y otras preseas  
Preciadas entre bárbaro gentío,  
De maíz casas llenas, y cecinas  
De puercos, jabalies y venados,  
Abundancia de sal y de pescado,  
Diversas fructas y regalos otros  
Que producen las tierras abundantes;  
Y con aqueste cebo procedieron  
Por esta poblacion continuada  
Dos ó tres dias mas, y como viesan  
Quedar á las espaldas mucha gente,  
Antes que se convoquen los vecinos  
Derramados en varias granjerías  
En aquella sazón, determinaron  
De se volver con esta rica presa  
Al castellano campo, donde fueron  
Con aplauso solemne recibidos,  
Ansi por los despojos que traían  
Como por la razon que se les daba  
De lo que la provincia prometia,  
A la cual unos y otros anhelaban;  
Y así Gaspar de Rodas pidió votos  
Para fundar ciudad en Itúango  
En parte convenible, y en asiento  
Cuya comodidad correspondiese  
A lo lejano y á lo mas vecino;  
Y de conformidad de todos ellos  
Escogieron el sitio que diremos  
En el octavo canto que prometo.

## CANTO OCTAVO.

Donde se trata de la fundación de la ciudad llamada San Joar de Rodas, y cómo á Gaspar de Rodas le vino nueva que don Alvaro de Mendoza enviaba á su hermano don Alonso de Caratajal, para que le sucediese en el cargo.

Al tiempo que por proprio movimiento  
Apolo visitaba la doncella  
Con sus dorados rayos influyendo  
Secas operaciones con templanza,  
Y en estos hemisferios comenzaban  
Los apacibles dias del verano,  
Gaspar de Rodas con sus españoles  
Salió de la provincia de Norisco  
Y en Itúango puso sus banderas;  
Donde después de tantear la tierra  
Y aquellos términos que pretendia  
Hacer anejos á la nueva planta,  
Parecióle ser sitio conveniente  
La parte que llamaban Paramillo,  
Que distaba dos leguas poco menos  
Del rapidísimo rio de Cauca,  
Y allí fundó ciudad en obediencia  
Del máximo monarca don Filipo,  
Con nombramiento de San Juan de Rodas,  
Porque el del fundador fuese notorio  
A la posteridad en aquel suelo:  
Lo cual fué por el año de setenta,  
A diez dias andados de setiembre.  
Nombrado pues cabildo y regimiento  
Y hechas las comunes diligencias,  
Con dia, mes y año, según suelen  
Hacerse semejantes fundaciones,  
Revolvió sobre Pequi é Ibijico,

Provincias mas cercanas de Antioquia,  
Para mas subyectar los moradores  
Y dalles á entender cómo tenían  
De dar el vasallaje y obediencia  
Al prepotente rey de las Españas,  
Y acudir con demoras y tributos  
A quien por él les fuese señalado;  
Y cuando lo de Pequi visitaba  
Con el intento que tenemos dicho,  
Recibió cartas de los de Antioquia,  
Por las cuales avisan que venia  
Para tomalle cuenta de lo hecho  
El don Alonso, como ya tractamos  
En las quejas de Francisco de Ospina:  
Lo cual sabido por Gaspar de Rodas,  
Volvióse con la gente que tenia  
Al nuevo pueblo que dejó fundado,  
Y repartió la tierra por soldados,  
Segun lo que juzgó de cada uno,  
No tan á gusto de conquistadores  
Que no dejase muchos descontentos,  
Por ser cosa comun en tierras nuevas  
El querer cada cual ser preferido,  
Y es imposible que el humano seso  
Vaya tan regulado y advertido  
Que se pueda medir con el de todos  
En cosas de interese, mayormente  
Cuando de pundonor llevan mistura.  
Aumentóse también aqueste odio,  
Porque las suertes y repartimientos  
De Pequi é Ibijico no se dieron  
A los del pueblo de San Juan de Rodas,  
Antes á Santafé las adjudica,  
Tomando para sí lo mas granado,  
Porque segun parece fueron antes  
A los vecinos della repartidos.  
Puestas en estos términos las cosas  
Que por su voluntad se disponian,  
El Rodas se partió para su casa,  
Dejando su poder á Juan Velasco  
De justicia mayor y de teniente,  
Con orden que dejasen aquel sitio  
Y en el valle de Feco se plantase  
El nuevo pueblo con el mismo nombre,  
Porque le pareció ser mejor puesto  
Para su duracion y permanencia,  
Y ser el sitio donde fundó pueblo  
Años antes el don Pedro de Heredia,  
Que duró poco, como queda dicho  
En lo que se tractó de Maritúe,  
Del cual salieron pocos con la vida,  
Y entrellos el buen padre Juan de Frias.  
Allí pues se mudó con descontento  
De muchos que con estas pesadumbres  
Determinaron de hacer ausencia,  
Hurtándose por via fugitiva  
E yéndose la vuelta de Antioquia;  
De donde resultó que los de Pequi  
Matasen al pasar por su provincia  
Algunos españoles principales,  
Que tales fueron un Gonzalo Verde  
Y Alonso Maldonado, dos soldados  
Indignos de remate tan acerbo;  
Pero Gaspar de Rodas llegó salvo  
A Santafé, do fué bien recibido  
De todos sus amigos y vecinos,  
Quejoso de don Alvaro, diciendo  
Que en pago de servicios señalados  
El cargo le remueve y enviaba  
Juez que le tomase residencia;  
Mas aquesta cesó, porque le vino  
Entonces al don Alvaro la suya,  
Y habia para gobernar la tierra  
Llegado don Hierónimo de Silva,  
Y en la misma sazón y coyuntura  
El Andres de Valdivia, de la corte,  
Con el gobierno dentre los dos rios;  
El cual, como ya queda declarado,  
Siendo por Lucas de Avila movido  
Y á sus espensas propias aviado,  
A costa de quien dél se confiaba,  
Trajo gobernacion ya desmembrada

De la de Popayán, como la vemos.  
Fué su llegada pues mes de febrero  
Y por el año de setenta y uno  
A Santafé, la villa de Antioquia,  
Adonde presentó las provisiones  
Que por su Majestad le fueron dadas;  
Y aunque las condiciones declaraban  
Que no cayesen en gobierno suyo  
Los lugares poblados de españoles  
Ni de los bárbaros pacificados,  
De tanta fuerza fueron sus astucias,  
Caricias y promesas á vecinos,  
Que lo reconocieron en la villa  
Por su gobernador, y los del pueblo  
Recién fundado de San Juan de Rodas,  
Sobre lo cual después ovo litigio  
Entré y don Hierónimo de Silva  
En la real audiencia deste reino,  
Que no fué por entonces definido,  
Porque luego Valdivia, con deseo  
De conservar la gente que quedaba  
En aquel pueblo de San Juan de Rodas,  
Y en trance peligroso, por ser pocos  
Para se defender de las provincias  
Que estaban alteradas nuevamente  
Con menoscabo de los españoles,  
En Juan Velasco hizo nombramiento  
De justicia mayor, y envió gente,  
Ganados, municiones y pertrechos,  
Entre tanto que con mas aparato  
Entraba su persona por la tierra,  
Con lo cual se animaron y salieron  
A castigar á Pequi, do mas daño  
Con simulada paz habian hecho;  
Y así los españoles con silencio  
Nocturno dieron en los delincuentes,  
En los cuales tomó cristiano marte  
Venganzas á medida del deseo:  
Prendieron al cacique, y un mancebo  
Gallardo y animoso, fué de siete  
Soldados en un patio rodeado,  
El cual con la macana ponderosa  
Con tal brio y valor se defendia  
Que espíritu maligno no pudiera  
Poner en tal aprieto tantos buenos:  
Espadas rebatia, y en pedazos  
Hace volar escudos y rodela,  
Lastima y abuyenta, hace plaza  
Como si con ancipite montante  
Diego Garcia de Paredes fuera;  
Los nuestros, ya confusos y corridos,  
Por una y otra parte perseveran  
Los unos y los otros, hasta tanto  
Que el joven orgulloso fué rendido;  
Y aquellos españoles, con la saña  
Y enojo que tenían de que un indio  
Ansi los ojease con sus golpes  
Y á muchos lastimase con el palo  
Por pechos, por espaldas y cabeza,  
Le dan innumerables cuchilladas,  
Y con agudas y aceradas puntas  
Espesas estocadas á porfia,  
Pero ninguna hizo mas efecto  
Que plumas derramadas por el viento,  
Tanto que muchos dellos sospechaban  
Que debia de ser algun demonio;  
Y como tanto hierro no fué parte,  
Tentáronlo matar por otra via,  
Queriéndolo empalar, y Alonso de Arce,  
De quien memoria hice muchas veces,  
De compasion movido por ventura,  
Por no ver espectáculo tan duro, dijo:  
«Señores, es trabajo vano  
Aquesa diligencia que se intenta,  
Pues no puede perder este pagano  
La vida por herida violenta:  
Miradle bien las rayas de la mano  
Los que con cirromancia teneis cuenta,  
Y vereis que bañó miembros viriles  
En las estigias ondas como Aquiles.»  
Y pues que fué por Tetis encantado  
De tal manera que la punta dura

De tanto puñal lucio y afilado  
En él no hizo mella ni rotura,  
Disponga dél su favorable hado,  
Y vayase con Dios y su ventura:  
Terná bien que contar del captiverio  
Y nosotros también deste misterio.»  
Esto dijo con buenas intenciones,  
Mas contra ellas Gavilán discanta,  
Diciéndole: «También hay opiniones  
Que el gran Aquiles no mojó la planta,  
Y así no banaría los talones  
Este, ya que bañase la garganta,  
Y allí conviene que hagamos prueba,  
Porque con tanto brio no se mueva.»  
Al fin se le cortaron los garrones  
Y orejas, porque fuese conocido;  
Y si de doce meses á esta parte  
No es muerto, todavía permanece  
A nuestra fe cristiana convertido.  
Con aquesto de Pequi se salieron  
Y se volvieron á San Juan de Rodas,  
Adonde consumieron hartos meses  
En guerras de los indios comarcanos,  
Hasta tenellos un poco quietos;  
Mas ellos no por esto se quietan,  
Antes como quedase Juan Velasco  
Con grandes aficiones á las tierras  
Confinas al Centú, que descubrieron  
Cuando por las riberas de aquel rio  
Bajó con los cuarenta compañeros,  
Determinó volver con menos gente  
Por no dejar el pueblo sin recado,  
Y así bajó con treinta solamente,  
Hombres de quien podia bien fiarse,  
En trances arriscados en consejo,  
Con seis caballos y otros tantos perros,  
Cuyas entrañas impías estaban  
En las de gente bárbara cebadas,  
Y acostumbrados á los rompimientos,  
Donde suelen hacer mortal estrago,  
En tanto grado que sulfúrea bala  
Ni jara despedida de ballesta,  
Entre los indios no se teme tanto,  
Aunque necesidad suele mostrarles  
En repentino salto la defensa,  
Que es dalle cebo con siniestro brazo  
Y descargar el diestro con la maza,  
Desmenuzando cascos y quijadas  
Del incesuto lebrél que sin reguardo  
Fajó con el gandul aperecebido,  
Y así queda por cebo hartas veces  
De aquellos en quien él suele cebarse.  
Llegaron pues los treinta compañeros  
Con estas prevenciones á las tierras  
De Cúisco y Araque y Guacuevo,  
Donde los naturales con fingida  
Y simulada paz los recibieron,  
Y donde con los dones ordinarios  
Tuvieron generoso cumplimiento;  
Pero las muestras iban aforradas  
En falsas y dañadas intenciones,  
Encaminadas á les dar la muerte,  
Para lo cual se fueron convocando  
Todos los principales de la tierra;  
Mas la fiel Inés, india ladina,  
Criada de Alvar Sanchez, un soldado,  
Intérprete cabal de aquella lengua,  
Con otras desta tierra conversando,  
Coligió por preñeces de palabras  
Haber algunos perfidios concertos,  
Y en la prosecucion de sus preguntas  
Enteramente fué certificada  
Del número de gente que venia,  
El día del conflicto y en la parte  
Que la bárbara turba se congrega:  
De todo lo cual fué por esta noza  
Su señor Alvar Sanchez avisado,  
Y este soldado, como bien rompido  
Y destas amistades sospechoso,  
A los demás habló desta manera:  
«Señores, nunca tuve buen conceto  
De la mucha llaneza desta gente,

Ni lo debe tener quien es discreto  
En venir á la paz tan facilmente,  
Siendo cualquiera dellos inquieto,  
De soberbia cerviz y dura frente;  
Y esta sospecha mia corrobora  
Lo que quiero decir y oírreis agora.  
Tengo noticia, no por fantasías,  
Sino por verdaderas relaciones,  
Que de todas aquestas serranías  
Se van juntando bravos escuadrones:  
Y los que nos regalan son espías  
Que nos descuidan con sus ilusiones  
Y apariencias de llanos pensamientos  
Para mejor salir con sus intentos.  
Y si quereis en juegos semejantes  
Ganar la mano, que es lo mas seguro,  
Podeis muy bien, si dais en ellos antes,  
Que por su parte llegue trance duro;  
Pues para lo hacer somos bastantes  
Si les acometemos con obscuro,  
Mayormente que hoy desta cautela  
Ningun bárbaro dellos se recela.»  
Este parecer fué del Alvar Sanchez,  
Y á todos pareció consejo sano,  
Porque demas de ser el mas seguro,  
Ranchearan allí ricos despojos,  
De que los indios tienen abundancia,  
Por ser inestimable la riqueza  
De que gozan aquellos naturales;  
Mas Juan Velasco, como pretendia  
Ganar fama y honor por ser primero  
Que hacia de paz estas provincias,  
Tuvo por cosa desproporcionada  
Pagar las buenas obras recibidas  
Y beneficios con alevosía;  
Y así contradiciendo sus razones,  
Les dijo: «Caballeros, cosa fea  
Seria para gente tan cristiana  
Perturbar con escesos de pelea  
La paz que se nos da de buena gana;  
Demás desto, no cumple que se crea  
Cualquier susurro ni habillita vana,  
Pues muchas veces salen los efetos  
Contrarios de sospechas y concetos.  
Error es que por cierto se celebre  
Cuanto suele herirnos el oido;  
Y aunque sea verdad que de tal fiebre  
Bárbaro morador esté herido,  
Por parte de nosotros no se quiebre  
La paz que les habemos prometido,  
Pues mas tenido es á no rompella  
Quien mas conocimiento tiene della.  
A la guerra veníamos volando,  
Y en ella se hiciera gran instancia,  
Si no halláramos hospicio blando  
Y á gusto del deseo la ganancia;  
Tenemos, si se fueren maleando,  
Los mismos brios, armas y substancia:  
Lo que entonces pusiéramos por obra  
Haremos si llegare la zozobra.  
Pero seríanos muy mal contado  
Si comenzamos antes que comiencen,  
Por habernos á todos regalado  
Con obras que los buenos se convencen;  
De nuestra parte no se les ha dado  
Ocasión para que se desverguencen:  
Solo resta vivir con vigilancia,  
Y que nos mejoremos en estancia.  
Bajémosnos al valle de Nitana,  
Pues dista de nosotros poco trecho:  
Gozaremos allí de tierra llana  
Y ternemos lugar mas á provecho;  
Si vinieren, quizá vernán por lana  
Y volverán pesantes de su hecho:  
Aquesto me parece que se ordene,  
Y allá veremos lo que mas conviene.»  
Aquesto dicho, convocó los indios  
Del pueblo donde estaban alojados;  
Y con intérprete que declaraba  
En idioma dellos sus palabras,  
Gran rato les estuvo predicando,  
Dándoles á entender que son vasallos

Del gran Filipo, rey de las Españas,  
 Universal señor del Mundo-Nuevo  
 Y de otros muchos reinos y provincias,  
 El cual, como católico cristiano,  
 Con ardiente deseo de que todos  
 Se salven y ninguno se condene,  
 A ellos les mandó venir agora  
 A les mostrar certísimo camino  
 Por do puedan subir a las alturas  
 De Dios, donde los bienaventurados  
 Están gozando de perpetua gloria  
 Y gozarán sin fin, porque guardaron  
 La regla de sus santos mandamientos  
 Y conocieron ser un Dios inmenso,  
 Trino en personas y en esencia uno,  
 Y causa de ninguna dependiente,  
 Antes universal, de quien dependen  
 Todas las causas, y el autor que hizo  
 El cielo, tierra y mar y lo criado,  
 Y cuantas cosas vemos y no vemos,  
 Y el hombre para que gozase dellas,  
 Al cual hombre también hizo de nada,  
 Y dió capacidad y entendimiento  
 Y el albedrio libre, con que haga  
 Buenas ó malas obras libremente,  
 Pero quien mal hiciere con su pena,  
 Y aquel que bien obrare colocallo  
 En las eternas sillas de su gloria;  
 Y que en aqueste Dios omnipotente,  
 Que es sumamente sabio, justo, bueno,  
 Habian de creer y dalle siempre  
 Cánticos á su modo de alabanzas,  
 Servillo, bendecillo y adorallo,  
 Y no como lo hacen á las cosas  
 Que fabricaron ellos con sus manos,  
 Ni á sol, ni luna, signos ni planetas,  
 Rios ni fuentes, montes ni lagunas,  
 Pues eran todas estas criaturas  
 Que Dios habia hecho por el hombre,  
 Y todos bendecian y adoraban  
 Al mismo por quien ellas fueron hechas,  
 Que es el Dios en quien creen los cristianos,  
 Y que creyesen que esto que les dice  
 Era pura verdad, sin haber dolo  
 Ni mezcla de mentira ni patraña,  
 Porque lo principal de su venida  
 Es á los instruir y sacar fuera  
 De las tinieblas ciegas de ignorancia,  
 Donde el demonio los tenia presos  
 Para llevar sus almas al infierno,  
 Lo cual conocerian claramente  
 Cuando viesen otra vez á vellos  
 Y á declaralles esto mas despacio,  
 Porque agora no pueden detenerse  
 Por cumplilles pasar mas adelante.  
 Para lo cual rogaba que les diesen  
 Hombres que les llevasen el bagaje,  
 Y les encomendaba que tuviesen  
 La paz y el amistad inviolable,  
 Pues ellos ansimismo prometian  
 De selles para siempre favorables,  
 Y defender sus casas y sus tierras  
 De cuantos intentasen ofendellos.  
 Con esto concluyó su parlamento,  
 Pero los bárbaros, en sus inicuos  
 Intentos pertinaces y obstinados,  
 Por palabras humildes y aparencias  
 Fingidas, manifiestan ser muy bueno  
 Aquello que les dice y amonesta,  
 Y que lo cumplirán como lo manda;  
 Y así le dieron luego para carga  
 Ochenta robustísimos gandules,  
 Que cada cual llevaba su macana,  
 Costumbre suya cuando van cargados,  
 Para que la molestia del camino  
 Con el báculo sea menos grave,  
 Mas agora con otro fin se mueven,  
 Y era para valerse contra ellos  
 Cuando viesen sazon y coyuntura,  
 Segun que ya tenían acordado.  
 Partieron pues, y fueron caminando  
 Hasta cierta quebrada montuosa,

Donde los esperaban encubiertos  
 Mil y quinientos hombres bien armados,  
 Y al tiempo que pasaban sin sospecha  
 Del riguroso trance repentino  
 En avanguardia dieron los salvajes  
 Con impetu terrible y espantable:  
 Rompen los aires las horrendas voces;  
 Ocupan el camino los tostados,  
 Jáculos de veneno proveidos;  
 Este cae y aquel va traspasado,  
 Otros andan á brazos con la muerte  
 Y al cabo se despiden de la vida,  
 Porque quien de los unos se hurtaba  
 Con el valor y fuerza de sus manos,  
 Mas adelante halla quien le roba  
 Espíritu vital y gallardía.  
 Como quien naufragó cerca de puerto  
 Dejando ya la nave sumergida  
 Do muchos perecieron, y él se vale  
 De sus robustos brazos, y nadando  
 Trabaja por llegar á la ribera  
 En busca de salud y de remedio,  
 Pero la mar de tumbo lo contrasta  
 Y lo detiene hasta que perece:  
 Así los mas mañosos y esforzados  
 Salidos de un recuento hallan muchos  
 Donde se remató su valentía;  
 Cayó desta manera Fernán Sanchez,  
 Francisco de Moron, Andrés García,  
 Tocino, Cañas, Antonio Fernandez,  
 Fernando Ramos, Gavilán, Saboya  
 Y otros nueve soldados escelentes  
 Que cumplieron el número de quince,  
 Y los del batallon no fueron parte  
 Para tener los indios de las cargas,  
 Que cada cual huyó con su carguío  
 Llevándoles el oro rancheado  
 Con ropa de vestir quellos traian;  
 Y Juan Velasco, que la rectaguardia  
 Traía, como viesse tanto daño  
 Y el desastrado fin que lo amenaza  
 Si no hacia mas que lo posible,  
 Puso los ojos en el alto cielo  
 A Dios pidiendo fuerzas y socorro  
 Para poder salir desta presura,  
 Y recogidos los que vivos quedan  
 Con aquestas palabras los anima:  
 «Ea, señores, que si valentía,  
 Fuerza, valor, esfuerzo, buena maña  
 Quereis perfeccionar, hoy es el día  
 Y el colmo de la mas alta hazaña:  
 Rompamos, que yo quiero ser la guía,  
 Y acordaos que sois hijos de España;  
 Tened de Dios enteras confianzas,  
 Y él prestará vigor á vuestras lanzas.»  
 Aun no bien acabó de decir esto,  
 Cuando con otros dos en los caballos  
 Que les quedaban vivos baten piernas  
 Pegados á las ancas los peones  
 Y sus ladinos indios de servicio,  
 Los unos á los otros reguardando,  
 Y siendo de los perros ayudados  
 Rompen por el opuesto remolino  
 De bárbaros astiles y macanas,  
 Con furiosa rabia traspasando  
 Robustísimos pechos de salvajes,  
 Hasta que ya tomaron la ribera  
 Cercana del Cenú, donde hallaron  
 En las barrancas una casa yerma,  
 En la cual luego se hicieron fuertes  
 Y con los fulminosos arcabuces  
 Del áspero furor se defendieron,  
 Hasta que ya la noche sobrevino,  
 Y los indios con miedo de los perros  
 Durante la tiniebla se quedaron  
 Gran trecho de la casa desviados,  
 Pero velandolos, porque hacian  
 Cuenta que ya llegada la mañana  
 Con carne de la gente baptizada  
 Habian de hacer solemne fiesta;  
 Y así cierto cacique, que Tirrome  
 Era su nombramiento, desdeñando

## CANTO NOVENO.

En el cual se dice cómo los indios vinieron sobre la ciudad de San Juan de Rodas, la muerte de Juan Velasco, y otras muchas cosas que allí sucedieron.

Quando por movimientos de la tierra  
 El edificio queda mal parado,  
 Los pródigos y cautos moradores  
 Suelen con presurosa diligencia  
 Apuntalallo lo mejor que pueden,  
 Y tienen el aviso necesario  
 Para que no les coja descuidados;  
 Y así considerando Juan Velasco  
 Estar el suyo para dar en tierra  
 Si gran solicitud y vigilancia  
 Faltaba de por medio, por ser pocos  
 Los moradores dél, pues no pasaban  
 De treinta y dos varones de pelea,  
 Y mucha la pujanza de los indios  
 De quienes sospechaba que vernian  
 A dar algun asalto y alborada  
 Por saber que vinieron de venecida  
 Y muchos señalados hombres menos,  
 Y querrian tentar, viendo la suya,  
 Desarraigar aquella nueva planta,  
 El por la sustentar y estar á punto  
 Tenia las posibles prevenciones,  
 Pero faltábale mantenimiento,  
 Falta que los caciques mas cercanos  
 Suplian por temor mas que por gana;  
 Pero como después de aquella rota  
 Quedasen menos blandos que soberbios  
 Y no les acudiesen provisiones,  
 Vivian en grandísima penuria,  
 Y así determinó que parte dellos  
 Saliesen á buscar algun sustento,  
 Con orden que volviesen brevemente  
 Por quedar en gran riesgo los restantes;  
 Y otro día después del que salieron  
 Estaban de concierto dos caciques,  
 Guacuce y Catiburi, con su gente  
 De dar en la ciudad y destrulla,  
 De que todos estaban ignorantes.  
 Salieron pues los quince por comida  
 Distancia de tres leguas, y hallaron  
 En un pueblo pequeño tanta copia  
 Cuanta bastaba para su deseo,  
 Sin hallar resistencia ni contraste,  
 Porque los moradores dél estaban  
 Con todos los demas de aquella junta  
 Prestos para salir en su demanda  
 A dar en los cristianos otro día,  
 Y desta causa se quedaron solas  
 Las mujeres y niños en sus casas,  
 Las cuales como vieses españoles  
 Huyeron á los bosques mas cerrados;  
 Y estando con intento los cristianos  
 De reposar allí toda la noche  
 Porque llegaron algo fatigados,  
 Una de aquellas indias abscondidas,  
 Quizá de buen espíritu movida,  
 Se vino para ellos y les dijo:  
 «Y ¿qué haceis aquí, nacion cristiana,  
 Bien como si viniédeses á bodas,  
 Teniendo ya la muerte tan cercana  
 Al albedrio destas gentes todas?  
 Creed sin duda que darán mañana  
 En vuestro pueblo de San Juan de Rodas,  
 Y si no volveis hoy con piés livianos  
 Verneis unos y otros á sus manos.»  
 «Caminad sin ningun detenimiento  
 Esto que resta de la luz del día,  
 Y no pareis por el impedimento  
 Caliginoso de la noche fria;  
 Y para que veais que yo no miento  
 Me llevareis en vuestra compañía,  
 Porque quiero, por las cosas que he visto,  
 Tomar la santa fe de Jesucristo.»  
 Oidas las razones que creyeron

Del Dios que les habia predicado,  
 Con otras amenazas le decia:  
 «¡Ah Velasco! ¿qué tal está tu seno  
 Y los de tus amigos y parientes?  
 Agora que de angustias estás lleno  
 Quiero con gran aviso parar mientes  
 Si tu Dios que predicas ser tan bueno  
 Te libra de mis manos y mis dientes:  
 Dile que te dé alas con que vuelles,  
 Antes que desollemos vuestras pieles.  
 »Porque si no, mi dios se determina  
 Que tú con esos pocos compañeros  
 Desollados entreis en mi cocina  
 Para saborear nuestros gargueros,  
 Y satisfecha nuestra golosina  
 Manda henchir de paja vuestros cueros  
 Y que por vuestro dicho temerario  
 Estén colgados en su santuario.»  
 Al tiempo que estas duras amenazas  
 Percebían los pocos españoles,  
 Unos dellos estaban muy alerta  
 Velando, y otros dellos hacen balsas  
 De palos que sacaban del buhio  
 Para se dejar ir el agua abajo  
 Hasta llegar á parte mas segura;  
 Las cuales, como fuesen ordenadas  
 No sin apresurado movimiento  
 Y aquellas ligaduras no tan fuertes  
 Cuanto con quietud suelen trabarse,  
 Después de se embarcar amos y mozos  
 Dejando los caballos á sus anchos,  
 A poco trecho yendo navegando  
 Quebraronse las flacas ataduras,  
 Dividense los palos, y quedaron  
 Los unos y los otros en el agua:  
 Allí la confusion y la revuelta,  
 Dolor, temor, fatiga, desatiento,  
 Tragos amargos, afliccion, angustia,  
 Sordo rumor, sin nadie desmandarse  
 A levantar la voz, porque de fuera  
 La muerte de quien huyen esperaba,  
 Y dentro la tenían ya presente;  
 El agua que tomaron por amparo,  
 Esa los desarmó de todo punto  
 Llevando las pesadas á su centro,  
 Y escudos y rodela arrebata  
 Encaminándolos tras de sus ondas,  
 Y el que por ellas sabe menearse  
 Procura de valerse de sus brazos  
 Para salir á tierra, mas dos dellos  
 En las profundidades se quedaron  
 Y algunas indias buenas juntamente.  
 Salieron los demas á la ribera  
 En agua y en angustias empapados,  
 Sin armas, sin comida, sin vestidos  
 E ya de todo bien desamparados;  
 Mas en el mismo punto se metieron  
 Por un espeso bosque, sin que nadie  
 Quiera mirar por otro ni lo espere,  
 Antes el que mas puede mas camina  
 La vuelta de su pueblo, que distaba  
 De aquestas poblaciones veinte leguas;  
 Y así llegaron en diversos días,  
 Descalzados, desgarrados, consumidos  
 De hambre, de mosquitos, garrapatas,  
 Pero contentos en salir con vida  
 De trances tan pegados á la muerte:  
 Al fin allá quedaron diez y siete  
 Con mas de ochenta piezas de servicio,  
 Y la fiel Inés, de quien se dice  
 Que viva la partian en pedazos  
 Y hablando con ella la comian,  
 Con otros cinco de los españoles  
 Que vivos los cayeron en las manos,  
 Adonde se hicieron crueldades  
 De ninguna nacion imaginadas;  
 Y aun no se contentó la fatal dea  
 Con dar al Juan Velasco tan mal golpe,  
 Pero con otro no menos acerbo  
 Está con gran furor amenazando,  
 Segun declararemos en el canto  
 O llanto de su muerte desastrada.

Ser ciertas por las muestras evidentes  
Que vieron, y sospechas atrasadas,  
Sin mas se detener un solo punto  
Cargaron la comida recogida  
En piezas y caballos á gran priesa,  
Y con la misma fueron caminando  
Con claro resplandor y con tiniebla  
Sin que perdiesen tiempo, hasta tanto  
Que cuando ya la noche demediaba  
Se hallaron cercanos de sus casas:  
Entraron arma dando por el pueblo,  
Donde como velasen los mas dellos  
Y estaban temerosos y avisados,  
Los unos y los otros brevemente  
Salieron á la plaza bien armados  
Los caballeros todos y peones,  
Y el capitán Velasco los dispuso  
Al orden que mejor le parecia  
Para poder valerse contra tanta  
Muchedumbre de bárbaros, cursados  
En guerras y borrascas tan continas;  
A lo menos los indios señalados  
Fueron mil y quinientos sin la chusma,  
Los cuales se venian acercando,  
Segun de las señales coligian,  
Por oler á humadas de tabaco,  
Bijas y tremeninas con que vienen  
Untados cuando van á rompimiento;  
Y no fueron allí de los anteojos  
Que dicen de quien bueyes ha perdido,  
Pues salió con la luz el desengaño.  
Porque cuando la lumbre del aurora  
Venía descubriendo por oriente  
Ahuyentando las tinieblas tristes,  
Y á los escelsos montes restituíe  
Sus colores nativos y verdoros,  
Salió la tempestad embravecida  
Con los impetuosos accidentes  
Que suelen cuando van determinados:  
No tigre, no leon, no bestia fiera  
Se mueve con denuedo tan terrible  
Al tiempo que á la caza se abalanza  
Para satisfacer vientre hambriento,  
Cuanta fué la braveza y el orgullo  
Que muestra la caterva carnífera  
En el asalto duro y espantoso,  
Con estruendo, ruido y alboroto  
De horribonas bocinas y cornetas,  
De canillas, de brazos ó de piernas  
De sus contrarios muertos en la guerra,  
Apresurados sonos de atambores  
Y voces que confunden los oídos:  
Entran volando flechas, duros dardos,  
Y piedras de las bondas impelidas,  
Picas en escuadron que perturbaban  
A los caballos el ontrar por ellos;  
Y así los españoles por tres veces  
Iban perdiendo tierra de la plaza,  
Muchos de las espesas rociadas  
De flechas y pedradas mal heridos.  
En esta confusion atribulada,  
Aquellos que tenían arcabuces  
Derribaron algunos de las picas  
Opuestas á los que iban á caballo,  
Y hubo lugar por donde Juan Velasco  
Y Leonel de Ovalle, que mil veces  
Tentaron de rompellos y volvian  
Al lugar do salian mal su grado,  
Entraron en la fuerza mas entera,  
Abriendo la carrera mas á gusto  
Para poder valerse de las lanzas;  
Acuden con espadas y rodela  
Pero Sanchez de Oviedo, varon fuerte,  
Pero Fernandez de Rivadeneyra,  
Juan Ruiz Ruvian, ambos gallegos,  
Un Antonio Machado, lusitano,  
Manuel Ruviales de Alcanchele  
Y Juan Garcia Sátiva, nacido  
En las tierras del campo de Arañuelo;  
Acompañólos Juan Alonso Rubio  
Ansimismo siguiendo los caballos,  
Aquellos con las lanzas penetrantes

Y estos con las espadas afiladas;  
Hechos tan señalados van haciendo,  
Que no parecen ser fuerzas humanas:  
Rompen cabezas, descoyuntan miembros,  
Traspasan pechos, hombros desencasan,  
En tal manera que la sangre corre  
Por el compás del áspero conflicto,  
Como nubes en agua ya resueltas  
Que de los recios vientos sacudidas  
Los sitios á que son correspondientes  
Aniegan con la fuerza de sus gotas.  
Acuden los restantes al triunfo,  
Y declaróse mas con su venida,  
Porque los bárbaros desordenados  
De todo punto huyen, y volvieron  
Mas de trescientos menos á sus casas,  
Dejando de los nuestros con heridas  
De yerba ponzoñosa diez ó doce,  
Entrellos Juan Velasco, traspasado  
Un brazo, y un flechazo por la cara,  
Y el caballo de Leonel de Ovalle  
Con siete, de los cuales uno pasa  
Las fuertes armas de algodón colchadas,  
Los bastos de la silla, la madera,  
Sin que parase hasta las entrañas,  
Quedando, no sin gran dolor del dueño,  
Del resuello vital desamparado;  
Otro le dieron á Rivadeneyra  
Que entró por la nariz, y mas de palmo  
De flecha le salió por el oreja.  
Cantada la victoria, que podria  
Canonizarse por maravillosa,  
Socorren los heridos con la cura  
Que hallan ser mejor contraveneno;  
Mas en algunos fué la diligencia  
Baldía, pues murieron tres ó cuatro,  
Entrellos Juan Velasco su caudillo,  
Valiente capitán y circunspecto,  
Mancheño, natural de la Membrilla,  
Por cuya desastrada muerte todos  
Quedaron tristes y desconsolados;  
Y como los negocios que entre manos  
Tenian de la guerra comenzada  
Eran de condicion que les cumpla  
Tener grandes avisos y concierto,  
So pena de perder allí las vidas,  
Determinaron de nombrar cabeza  
A quien prestasen todos obediencia,  
Y en tal necesidad el orden diese  
Que para su salud menester era;  
Y así de voluntad de todos ellos  
Salió nombrado Leonel de Ovalle,  
Bastante para paz y para guerra,  
El cual importunado de sus ruegos  
El cuidado tomó sobre sus hombros,  
Y vista la flaqueza que tenían  
Para perseverar en aquel sitio  
De gente tan guerrera rodeado,  
Después de congregados los vecinos  
Les dijo las palabras que se siguen:  
« Señores, entended que donde quiera  
A vuestra voluntad estoy rendido;  
Pero, segun la mia, mas quisiera  
Obedecer que ser obedecido,  
Porque de mi conozeo que cumpliera  
Lo que por otro fuera proveído,  
Pasando bien ó mal esta tormenta,  
Sin que los yerros fueran á mi cuenta.  
» Pero, pues os parece conveniente  
Seguir mis pareceres y mi traza,  
Considerando bien aquel terrible  
Furor con que esta gente nos da caza,  
Digo que los que sois es imposible  
Poderos sustentar en esta plaza;  
Y antes que llegue nuevo torbellino  
Será bueno ponernos en camino.  
» Error es esperar otra refriega  
En tierra de tan áspero montisco,  
Porque si mas pujanza se congrega,  
El pueblo todo llevará abarrisco;  
Y así, para gozar de rasa vega,  
Pasémonos al valle de Norisco,

Pues en aquel, demás de ser mas llano,  
A Santafé tenemos mas á mano.  
» A todos les cuadró lo que decia  
Y luego lo pusieron en efecto,  
Mas no pudieron tan secretamente  
Que de los mas cercanos enemigos  
No se supiese luego la partida;  
Los cuales acudieron como lobos  
Hambrientos á la presa que pretenden,  
Y sin que reparasen un momento  
Les fueron dando caza por aquellos  
Caminos asperisimos que llevan,  
Que hasta la provincia de Norisco  
De siete leguas era la distancia.  
Al fin les ocuparon ciertos pasos  
Forzosos en aqueste su viaje  
Los indios repartidos en tres partes,  
Sin que dejasen senda ni portillo  
Por adonde pudiesen deslizarse.  
Están los afligidos españoles  
Entre los unos y otros afirmados  
Ya sin ningun recurso de comida  
Llenos de angustias y desconfianza,  
Y en un trabajo mas que miserable:  
Un escuadron de bárbaros tenia  
La contraria ribera de aquel rio  
Que corre por el valle de Itúango,  
Viaje de mas cómodo camino  
A no tener aquel impedimento,  
Azar terrible para su pasaje.  
Estos serian hasta cuatrocientos  
En una casa grande rancheados  
A vista de los nuestros, y que siempre  
Les daban grita con palabras feas,  
Y denunciándoles infausta muerte.  
El Leonel de Ovalle, conociendo  
La desventura que los amenaza,  
Y condoliéndose de las mujeres,  
Muchachos y la chusma de sirvientes,  
Que después del favor de Dios estaban  
En sus industrias buenas confiados,  
Batió las alas del entendimiento  
Para ver si podia dar alcance  
A traza que les fuese saludable  
En trance de salud enajenado,  
Y donde los ministros de la muerte  
Iban en crecimiento por momentos.  
Al fin en un intento resuelto,  
Llamó quince soldados valerosos,  
Que por corrientes de profundas aguas  
Sabian menear piernas y brazos,  
Y dijoles: « Allí tenéis enfrente  
Quien de lo que hará nos desengaña,  
Y todos conozeis precisamente  
Adonde llega su rabiosa saña;  
En un riesgo tan claro y evidente  
Es menester valor y buena maña,  
Y que de nuestra parte se procure  
Algo que nuestras vidas asegure.  
» Y en esta confusion entristecida  
Habemos de tentar alguna suerte,  
La cual, si no saliere bien medida,  
A lo menos es bien que se concierte,  
Pues es para remedio de la vida,  
Y no venir á deshonrada muerte;  
La divina bondad su favor preste  
Al orden que daré, que será este:  
» Por selles este rio como muro,  
Aquellos bárbaros duermen sin velas:  
Podemos bien pasallo con obscuro  
A nado, con espadas y rodela;  
Bajarnos hemos á lugar seguro  
Hasta que se amortigüen sus candelas,  
Señal del soporifero beleño.  
Y entonces les daremos mortal sueño.  
» Dudosos estuvieron muchos dellos  
Por se poner en riesgo conozido;  
Mas viendo ser mayor el que esperaban  
Segun la gente que se congregaba  
Para romper con ellos otro día,  
Dijeron selles útil el consejo,  
Y á morir ó vivir les convenia

Hacerse prestos al dudoso hecho  
Y así cuando las alas de la noche  
Cubrian y ocultaban los colores  
De selvas y de prados con el suyo,  
Y á visual potencia perturbaban  
Lentos y soporíferos dulzores,  
El Leonel de Ovalle con los quince  
Por presurosas aguas van nadando,  
Llevando cada cual de leves palos  
A modo de escalera cierta balsa,  
Porque con menos riesgo y mas descanso  
Llevaran las espadas y rodela,  
Con el cual adminículo seguros  
Llegaron á poner los piés en tierra,  
Y después de cobrar algun aliento  
Hicieron oracion devotamente.  
Partieron luego los determinados  
Varones á su célebre hazaña  
Con pasos atentados y movidos  
Por las inteligencias del engaño,  
Los corazones prontos, manos prestas,  
Tentadas de rabioso rompimiento;  
E ya cuando llegaron poco trecho  
De la pajza casa, vieron velas  
Que segun pareció hacian guardia:  
Altéranse los pechos, y el enojo  
Crió nuevos alientos, y acometen  
Con la velocidad que jerifalte  
Se va precipitando tras la presa;  
Los unos en las velas ensangrientan  
Espadas afiladas, y los otros  
Ocuparon la puerta de la casa.  
Recuerdan al ruido los que duermen:  
Corre la confusion y el alboroto,  
Por una y otra parte murmurando  
Un bullicioso son y descompuesto,  
Como cuando de puercos muchedumbre,  
En el nocturno tiempo, de algun tigre  
Fueron en los corrales asaltados,  
Que suenan los ronquidos presurosos,  
Y de los dientes y colmillos duros  
Las amenazadoras tenazadas:  
Que tales parecian los estruendos  
De los arcos, macanas y las lanzas,  
Al tiempo que en el ciego sobresalto  
Las unas se tocaban con las otras  
Para salir al campo donde puedan  
Valerse de sus manos y pertrechos.  
Baldías diligencias y perdidas,  
Pues entre tanto que unos españoles  
Impiden la salida, dividiendo  
Cabezas de los hombros, tres ó cuatro  
Por diferentes partes ponen fuego:  
Estiéndense las llamas presurosas,  
De los ventosos soplos impelidas,  
Y así sin escapar cosa viviente  
Quedaron convertidos en carbonos,  
Y nuestros españoles victoriosos  
Inmensas gracias dan al alto cielo.  
Los cuales cuando por doradas puertas  
Salían apolíneos yugales,  
Y nocturno rocío relumbraba,  
Herido de los rayos matutinos,  
Dan orden como pasen sin peligro  
El rio los restantes españoles  
Y los imbeles niños y mujeres  
Con toda la familia de servicio,  
Sin que de los demás bárbaros, puestos  
En otros pasos, fuesen contrastados,  
Antes como supieron el suceso.  
Se volvieron confusos á sus casas.  
Los nuestros prosiguieron su camino  
Hasta llegar al valle de Norisco,  
No sin deseo de le dar noticia  
Al Andrés de Valdivia de sus daños;  
Pero para hacer este recado  
No se hallaba via ni remedio,  
A causa de que ya toda la tierra  
Estaba con rigor en armas puesta.  
Mas como la veloce fama tiende  
Por varias bocas acontecimientos,  
Fuése de pueblo en pueblo rezumando